

nuciosa de sus títulos, calificaciones y ocupaciones, para hacerlos blanco de la venganza de los contribuyentes, sin considerar que todos estos empleados particulares de los grandes empresarios contratistas, eran instrumentos indispensables en Francia, donde el gobierno no tenía ningún personal administrativo para este ramo. A los delatores prometía el edicto una quinta parte de la multa impuesta al culpable y una décima parte del valor del fraude que descubrieran.

El terror que sembró este edicto fué indescriptible. No fueron solo los capitalistas los que quedaron amedrentados y como heridos del rayo, sino todos aquellos millares de individuos que de un modo u otro habían tenido relación con ellos, porque si no eran enteramente pobres, pertenecían a la clase de los sospechosos de haber ganado injustamente lo que poseían. En medio de este pánico se supo el resultado de la oficina del *visa*; un anuncio publicado en 7 de abril de 1716 hizo perder á los poseedores de créditos contra el tesoro, según las clases de estos, á los unos una quinta parte, á los otros dos ó tres quintas partes, y á una clase hasta cuatro quintas partes de lo que hasta entonces habían creído poseer en justicia. Mucho era todo esto, sobre todo viniendo tres meses después de la alteración de la moneda. Menores habrían sido la consternación y la ruina general si se hubiese empleado el remedio heroico que Saint Simon hubiera querido ver votar por el parlamento, sin que por esto hubiese dado mejor resultado, porque se vió muy luego que el gobierno francés, para hacer semejantes medidas fructíferas, bien que fuesen injustas, carecía de un elemento indispensable en uno y otro caso, á saber: *un personal honrado*.

De los 4470 franceses opulentos que la sala de justicia tenía en su lista de víctimas de los edictos, fueron reducidos un buen número á la mendicidad sin formación de causa ni prueba alguna de culpabilidad, bastando solo como prueba del delito su opulencia y la suntuosidad de sus moradas. El populacho de la capital se recreaba ante el espectáculo de los insultos que impunemente podía dirigir á los sentenciados á ser expuestos á la vergüenza pública. Por 4 sueldos el alcaide de la Tournelle permitía á cualquiera dar tantos puñetazos como quisiese en la cabeza del antes opulento Le Normand, que en el patio de la cárcel estaba á este fin atado á un árbol. Mas este mismo populacho empezó á abrir los ojos cuando supo que los jueces habían saqueado el palacio del millonario Bourvalais condenado por ellos, y que Forqueux (fiscal) de la sala de justicia, tenía colocados en su mesa dos magníficos cubos de plata, parte del botín del palacio del sentenciado, para refrescar el vino de Champaña. El pueblo al saberlo cambió su título de guarda-sellos (*garde de sceaux*) en guarda-cubos (*garde de seaux*). Peor si cabe fué el caso del tesorero de la gendarmería, Paparel, que fué condenado á encierro perpetuo mientras su hacienda, causa de su desgracia, fué adjudicada á su yerno el marqués de La Fare, uno de los *roués* del regente, que la derrochó con las bailarinas de la Opera. El colmo del escándalo fué cuando se supo que había medio de librarse de la acción de la *sala de justicia*. Uno de los mas ricos de los proscritos por la ley, verdadero vampiro del pueblo, era Henault. Este se personó con Nocé, otro de los *enrodados* del regente, y con la señora de Parabère su querida, y les ofreció 100,000 escudos si lograban del regente que se redujera su sangría á un millon que estaba dispuesto á pagar, en lugar de los 3 ó 4 millones en que de otra manera sería probablemente condenado. La Parabère aceptó, logró la reducción, cobró su gran propina; y como Henault no hiciera ningún misterio de su estratagemma, pronto la supieron todos los que se hallaban en igual caso angustioso. De la misma manera los «enrodados» no

tardaron en aprender el medio de hacerse en pocos días riquísimos, ni lo ignoraron tampoco la cáfila cortesana y su larga cola de amigos complacientes. Hubo pues una verdadera batida de millonarios deseosos de salvar parte de sus riquezas del naufragio, no faltando príncipes y princesas de sangre real que tomaron también parte en tan provechosa y fácil cacería. La sala de justicia, que empezó la campaña con saqueos y confiscaciones brutales, la acabó con un comercio descarado y público de cohechos, en el cual los especuladores usurarios se quedaron con sus riquezas á cambio de grandes regalos, mientras las clases mas distinguidas de la nación perdieron el último resto de honra aparente que les había atribuido hasta entonces la gran masa del pueblo cándido. Al principio, durante el primer espanto, se había llamado al tribunal: «cámara ardiente», pero luego resultó por sus obras que si algo abrasaba y consumía era su propia honra y la de sus protectores. Al cabo de un año dió fin á su existencia encenagada y maldecida una real orden del mes de marzo de 1717 con la confesión espantosa siguiente: «Cuanto mas tratamos de descubrir las causas y los progresos del mal, tanto mas nos hemos convencido de que la corrupción ha contagiado á casi todas las clases de la sociedad; de suerte que á haber castigado con el rigor merecido á tan gran número de culpables, habría resultado una conmoción general en toda la nación y se habría producido una interrupción peligrosa en el tráfico.»

Veamos ahora el resultado que tuvieron estas confiscaciones para el tesoro. De los 4,470 proscritos quedaron libres de toda confiscación 3,000; los demás pagaron en total 70 millones, probablemente en papel de poco valor, que finalmente rindieron apenas 15 millones en efectivo.

En el mismo mes de marzo prometió el gobierno solemnemente á los contratistas generales de contribuciones que habían estado un año fuera de la ley, que en adelante no se les impondrían mas tributos ni se les molestaría por ningún tribunal. La palinodia del gobierno fué tan completa, como era desamparada y desesperada su situación. Desde luego no pudo pagar los intereses de los billetes nuevos, que bajaron á consecuencia de esto á una tercera parte de su valor nominal; los recaudadores generales de impuestos no pudieron pagar los dos millones y medio que se habían obligado á entregar cada mes; todos los recursos estaban agotados, así como las habilidades del gobierno, la confianza y el crédito; la miseria de las clases bajas era mas espantosa que nunca, mientras los consejos directivos habían perdido la brújula, y la desesperación empezaba á apoderarse de los gobernantes.

El naufragio era general; habíase hundido lo poco que hasta entonces se había sostenido trabajosamente á flote; y todas las tentativas de salvación habían resultado ineficaces. Una sola creación mercantil de este año de experimentos se sostenía, y aun florecía á pesar y en medio del derrumbamiento general. Era esta empresa un pequeño banco de emisión de poco aparato, fundado en mayo de 1716, que trabajaba con poco capital dentro de un radio muy limitado, pero con grandísima utilidad para sí y los demás, gracias á una dirección modelo tan previsora como honrada y puntual. Su fundador y director era *Juan Law*, y á él acudió el regente en su terrible apuro.

III.—EL ABATE DUBOIS Y LA TRIPLEALIANZA

El sistema de hacienda del regente no podía menos de dar pésimos resultados aunque hubiese sabido apreciar acertadamente la situación y sus necesidades, y valerse de los medios mas conducentes, porque era personalmente dema-



El abate Dubois

siado ligero, y los que le rodeaban, y aun casi todos los que intervenían en el gobierno, demasiado depravados para establecer reformas trascendentales en beneficio de toda la nación. Todos los recursos honrados ó inmorales empleados por este gobierno para salir de su constante y siempre renovada penuria; todas las sumas que por cualquier concepto y por cualquier medio cobraba, no iban á parar á las arcas del tesoro público, sino que se derretían en la corte, aprovechando solo á los personajes que en ella figuraban y en especial á la legión de favoritos, camaradas y paniaguados del regente de uno y otro sexo.

Saint-Simon había propuesto muy discretamente, en lugar de la tan equivocada sala de justicia, llamar confidencialmente á los grandes tratantes y contratistas uno á uno, imponerles á cada uno en secreto sin que lo supiesen los otros, su correspondiente tributo ó sangría, y obligarlos al pago inmediato con la amenaza de que se les formaría causa criminal pública que redundaría en grandísimo perjuicio de su crédito y posición social. De esta manera se habrían realizado á la sordina tantos millones, que el rey habría podido por retroventa comprar todas las patentes de oficiales y los mismos regimientos del ejército, todos los empleos vendidos en la corte, en provincias y en el parlamento, libertar los bienes de la corona, saldando las sumas de las patentes de venta á carta de gracia, y recobrar otra vez los derechos de dominio sobre ellos. Es indudable que por este medio habrían resultado pingües cantidades y recursos pecuniarios, cuyo acertado empleo habría sido un inmenso beneficio para el reino y el trono; mas para que diera semejantes resultados habría sido menester la cooperación de gente honrada, de manos limpias, y esto era cabalmente lo que el gobierno no tenía.

En la política extranjera fué mas feliz el regente. En este ramo dejóse guiar por su sano y recto juicio, tomando el único camino de servir á su propio interés, al de la Francia y á la paz general. Allí también encontró un auxiliar utilísimo, tan hábil en los negocios diplomáticos como ineptos eran todos los miembros del consejo hacendista. Este sujeto era el consejero de Estado, el abate Dubois, hombre sexagenario y una de aquellas personas que por su carácter, vida privada y carrera retratan y caracterizan toda una época. Hijo de un pobre boticario de provincia, habiase colocado de criado del director de un colegio en París para poder así adquirir de paso una instrucción académica. Despues se había colocado de ayo, y tomando la carrera eclesiástica había llegado á fuerza de trabajo al grado de abate ó clérigo de órdenes menores, porque la carrera eclesiástica era la única donde había ascenso posible para los plebeyos de talento. En esta calidad había sido nombrado ayo y maestro del joven duque Felipe de Chartres, y había penetrado con esto en la esfera de la alta sociedad. Al duque de Saint-Simon, aquel hombrecillo delgado, con su peluca rubia, cara de marta y ojos expresivos é inteligentes, le producía el efecto de la verdadera personificación de lo que en lenguaje vulgar llamaban los franceses un *sacre*, un bellacuelo. Véase cómo le describe:

«Todos los vicios estaban en él en constante y ruidosa pelea, disputándose el predominio. La codicia, la lujuria, la ambición eran sus divinidades; sus medios la falacia, la adulación, el servilismo; la impiedad mas extremada era la condición principal de su dicha; su axioma y su principio fundamental eran: que la honradez y la honestidad no existían realmente y eran solo caretas, por cuya razón no reparaba en los medios que empleaba. Era maestro en arterias rastreras, que constituían su vida y sin las cuales no podía existir, pero no sin que le guiara en todo un objeto y plan, á los cuales se dirigían todos sus pasos. Unia á todo esto

una paciencia infinita que no le abandonaba hasta lograr su objeto ó hasta que se convencía por repetidas pruebas de la inutilidad de sus esfuerzos, y en este caso buscaba, trabajando siempre en las tinieblas y profundidades subterráneas hasta encontrar un agujero por donde salir á la luz y á la superficie. De esta manera pasaba su vida en los fosos y trincheras de la sociedad. La mentira mas descarada se había hecho su segunda naturaleza, pero disimulada bajo una expresión de inocente honradez y hasta de vergüenza tímida. Habría hablado con fluidez y gracia, si no hubiese tomado el vicio de pararse hablando ó cierto tartamudeo artificial por su costumbre de espiar á los que le escuchaban mientras hablaba, y por temor de decir demasiado. Este vicio le afeaba en gran manera y fué aumentando desde que logró meterse en asuntos de importancia, hasta que finalmente se hizo insoportable y á menudo fué causa de que ni siquiera se le entendiera. A no ser por esto, y por la carencia completa de naturalidad y franqueza que se conocía á pesar de su fingimiento, hasta habría sido su conversación amena; porque tenía chispa, ingenio, bastante buen gusto, conocimientos históricos, mucha experiencia y práctica del mundo, había leído mucho, y sentía una necesidad extraordinaria de congraciarse con todos y granjearse el afecto público. Todo esto lo echaba á perder cierto olor de falsedad que contra su voluntad emanaba de todos sus poros por mas que cuidase de encubrirlo, y que causaba una impresión desagradable.»

En esta descripción feroz no debemos solo ver la indignación de la virtud en frente de la maldad, sino también la del adversario político del ambicioso abate, que había deshecho desde su principio la alianza con España de la cual el duque de Saint-Simon era partidario fanático, por cuya razón hay su dosis de parcialidad en lo que refiere sobre las relaciones que existían entre el abate y el regente; pero lo que vamos á extractar aquí no se aparta mucho de la verdad. La elección de semejante hombre para encargarle la educación del príncipe mas brillantemente dotado, pero también mas frívolo, fué la mas desgraciada que podía haberse hecho. A su influencia atribuye Saint-Simon el hecho de que el duque pusiera su vanidad no solamente en ser en punto de depravación y de frivolidad el mas depravado y el mas frívolo, sino en parecerlo también á los ojos del público; á esa influencia dice que se debía que el duque creyera la religión y la fe invenciones para imponer á los tontos y gobernar á la plebe, pero que los espíritus fuertes debían despreciarlas; y que la honradez en los hombres y la virtud en las mujeres no eran mas que hipocresía para engañar á la gente merced á las preocupaciones infiltradas por la educación.

Casi con las mismas palabras el duque de Richelieu pinta en sus Memorias la influencia de este ayo fatal. La duquesa Isabel Carlota se lamentaba amargamente cuando pensaba en la senda impía en que su hijo, en tan tierna edad había entrado, sin que su ayo le hubiese apartado de ella. En una carta que lleva la fecha del 8 de noviembre de 1719 dice: que al principio había apreciado al abate, porque creía que amaba tiernamente á su discípulo y velaba en todo por su verdadera salud, pero que su estimación se había trocado en horror cuando descubrió que el tal abate era un perro traidor, que solo pensaba en su interés personal y de ningún modo en la honra de su hijo, siendo al contrario su perdición eterna por dejarle que se encenagara en los vicios haciéndose el ciego. De la propia boca de su hijo había oído que un día le encontró el abate en el momento en que entraba en un lupanar, y que en lugar de tomarle por el brazo y llevarle á su casa, se contentó con dirigirle una sonrisa y pasar de largo.

Era este Dubois un eclesiástico para el cual no había nada

santo ni venerando, un intrigante que no reparaba en los medios que empleaba, un libertino sin vergüenza, un ambicioso sin conciencia ni honra. Así pintan sus contemporáneos á aquel hombre que ciertamente fué el diplomático mas sutil de su país, y llegó á ser no solamente primer ministro, sino también cardenal.

Una de las consecuencias mas importantes de la muerte de Luis XIV fué que la gran conspiración que los jacobitas ingleses y escoceses habían formado en el verano del año de 1715 con sus compatriotas emigrados en París, no obtuvo ya el auxilio declarado del gobierno francés, tan indispensable para el buen éxito de su empresa, y que muy probablemente les habría concedido Luis á haber vivido mas, á fin de expulsar de Inglaterra la dinastía protestante de Hanover, y fortificar su dominio sobre la Gran Bretaña por medio del rey católico Jacobo III, como la había dominado antes por medio de Carlos II y Jacobo II. La sublevación preparada en aquel país ni siquiera estalló, porque el que debió aplicar la mecha, el duque de Ormond, huyó en el momento convenido cuando supo que el golpe de Estado del 2 de setiembre había barrido de un golpe todo el ministerio francés al cual lord Bolingbroke había ganado á la causa del pretendiente. La escuadra que para este último estaba ya reunida y preparada en el Havre fué disuelta por el regente á consecuencia de las reclamaciones de lord Stair, embajador inglés en París. Después cuando lord Mar levantó á principios del mismo mes de setiembre en Escocia el estandarte de la insurrección, no estaba á mano el pretendiente, ni tampoco llegó cuando los montañeses escoceses penetraron en el Norte de Inglaterra y le proclamaron soberano legítimo de los tres reinos. Cuando por fin desembarcó en 22 de diciembre en Peterhead, ya se habían perdido la plaza de Preston y la acción cerca de Sheriffmucir; la hueste escocesa estaba en retirada y se iba disolviendo. Cuando hizo en 6 de enero de 1716 su solemne entrada en Dundee, no llevaba ni fondos, ni soldados, ni armamento, y además encontró á sus partidarios en una situación capaz de desesperar á un carácter mas decidido y enérgico que el suyo. El resultado fué que en 4 de febrero se escurrió de entre sus desesperanzados partidarios y se concluyó todo.

El pretendiente á su regreso á Francia desembarcó en Gravelingen, y á fin de asegurarse en este país un refugio solicitó una entrevista con el regente; pero en vano; el regente abandonó por completo su causa á consecuencia de la reclamación terminante y enérgica de lord Stair; felicitó al rey Jorge con motivo de haber vencido la sublevación, y le anunció con la partida del pretendiente, que estaba dispuesto á tomar de comun acuerdo con el gobierno inglés las medidas necesarias para asegurar la tranquilidad y seguridad de Inglaterra. Esta carta, redactada por el abate Dubois, fué el anuncio de una revolución completa en la política extranjera del gobierno francés, y de la fraternización del regente con los enemigos mortales de Luis XIV.

En junio de 1716 partió el abate Dubois con una misión secreta para el Haya, á fin de encontrar allí al rey Jorge á su paso por Holanda en su viaje á Hanover. En 5 de julio llegó al Haya el abate, bajo el nombre supuesto de Saint Albain y vestido de caballero holandés que viajaba para comprar cuadros y libros, y se alojó en una hostería llena de viajeros alemanes. Allí logró, después de varias aventuras, despejar el misterio en que el rey había envuelto su viaje al continente y á su país hereditario en Alemania. Supo que en 20 de julio había desembarcado con su acompañamiento en Maassluis; al día siguiente ya había celebrado el abate emisario una entrevista con lord Stanhope, y á la tercera tuvo ya en el bolsillo un proyecto de convenio que llevó sin dilación á

París, para volver ocho días después al Haya con poderes en regla. En esta nueva calidad de agente acreditado de su gobierno siguió al rey hasta Hanover, donde después de interminables conferencias llegó á concertar y firmar en 10 de octubre un tratado de alianza entre Francia é Inglaterra; y en 4 de enero del año siguiente (1717) realizó en el Haya otro convenio por el cual los Estados Generales de Holanda se agregaron al tratado franco-inglés. Esta obra es conocida por la Triple-Alianza.

Era esta alianza enteramente opuesta á la opinión pública que la guerra universal por la sucesión española había creado en los tres países interesados. Lord Stanhope dijo sobre esto á Dubois: «Espero hacer perder á los ingleses la costumbre de considerar á los franceses como sus enemigos naturales.» El mismo Stanhope era personalmente admirador del genio francés, que en aquellos tiempos significaba, instrucción y finos modales, y cuyos atractivos pudo y supo hacer valer muy bien el ladino abate, maestro en todas estas artes. Stanhope tampoco desconoció, como buen político que era, la importantísima ventaja que resultaba para la dinastía hanoveriana por el solo hecho de la separación entre Francia y España, cabalmente en el momento en que este país soñaba con nuevas grandezas y guerras; pero como ministro inglés tenía que contar con la opinión pública de su país, personificada en un parlamento soberano.

Así fué que Dubois aprendió á conocer en sus conferencias con los ministros ingleses en Hanover una potencia de la cual no había tenido hasta entonces la menor noticia, descubriendo el gran temor que los ministros aquellos tenían al parlamento. Con ninguno habló que no le dijese que al autorizar este tratado arriesgaba su vida y hacienda. En una de sus cartas escribió sobre este particular: «Los ingleses llevan sus escrúpulos y su terror tan léjos, que hasta se niegan á enmendar una falta ortográfica por temor de que al cabo de diez años el parlamento pudiera formarles todavía una causa criminal. Este sentimiento los domina tan por completo, que nada es capaz de tranquilizarlos; y me han contado casos positivos de este terror que podrían servir muy bien de motivo para una comedia.»

Dubois por su parte tenía en su contra el partido español en el gobierno francés, capitaneado por el mariscal D'Huxelles presidente del consejo de negocios extranjeros, y auxiliado como instrumento de este partido en el extranjero por Chreteauneuf, embajador de Francia en el Haya. Ambos trabajaron con todas sus fuerzas contra una empresa que era imposible ocultarles. Dubois naturalmente conoció también sus maquinaciones y se quejó al regente, escribiendo á su confidente: «¿No es indigno que en el momento en que realizo lo único que puede asegurar la paz á nuestro país, y hacer invulnerable al duque de Orleans, cuando tengo toda la Europa persiguiéndome ansiosa de quitarnos tan inesperada dicha, me hayan de venir los obstáculos de Francia, y de algunos servidores del príncipe? En adelante, si cuaja algun negocio nuestro en el extranjero, lo consideraré un milagro mayor que los de San Antonio de Padua.» Ciertamente lo que Dubois trataba de realizar estaba en oposición abierta con la política nacional francesa creada por Luis XIV, y todo aquello en que cedió, pareció á los partidarios de la rutina tributo y sacrificio que imponía á la Francia para procurar al regente en Inglaterra el apoyo que le faltaba en su propio país. Este tributo ó sacrificio consistía en la obligación que se imponía la Francia de no auxiliar ya jamás, ni en manera alguna á Jacobo III; de arrojarle de Aviñon donde había encontrado un asilo, y de obligarle á ir á vivir al otro lado de los Alpes; de destruir completamente el puerto de Dunquerque y los trabajos del puerto de Mardyke

destinado á suplir á aquel, con la autorización á favor de Inglaterra y Holanda de enviar allí encargados especiales para convencerse en los sitios mismos de la exacta ejecución de estas operaciones, conforme hicieron estas dos potencias. En cambio reconocieron nuevamente los derechos de sucesión al trono de Francia á favor del duque de Orleans en caso de muerte de Luis XV antes de tener sucesión directa; en segundo lugar aseguraron á la Francia su auxilio armado en caso de una guerra extranjera, á saber: Inglaterra daría 10,000 hombres y la Holanda 5,000, mientras la Francia en cambio quedaba obligada á contribuir en caso necesario con un cuerpo de 10,000 hombres á la defensa de la dinastía protestante en Inglaterra (1).

Cuando este tratado hubo recibido en 4 de enero la firma del gobierno de Holanda, ó sea de los Estados Generales, escribió Dubois al regente con las palabras siguientes: «Al fin está firmada la triple alianza, y lo que aumenta singularmente mi satisfacción es que ha sido aprobada unánimemente por los delegados de todas las provincias; de suerte que ahora V. A. está ya libre de toda dependencia, y yo lo estoy de mis cuidados.» Estas palabras sirven todavía hoy de argumento á los franceses para probar que fuera del regente y de su emisario nadie mas tenía en Francia motivos para alegrarse de este resultado; pero olvidan que con este tratado se aseguró la Francia la paz que le era absolutamente necesaria, pues que la política de España, de la cual se separaba con este convenio, iba directa y públicamente provocando una guerra universal.

IV.—LA ESPAÑA BAJO EL DOMINIO DE ISABEL DE PARMA Y DE ALBERONI (1714-1719 y 1720) (2)

En 14 de febrero de 1714 había perdido el rey Felipe V de España á su esposa María Luisa de Saboya, compañera fiel de sus años de prueba y de guerra. La primera dama de honor de la corte, la princesa los Ursinos, mujer ya de setenta y tres años, habiase encargado á la muerte de la reina de la educación de los tres pequeños infantes y de la dirección del rey que á pesar de sus 32 años necesitaba igual tutela que sus hijos. El desconsolado viudo había dejado el Buen Retiro donde había fallecido su esposa el mismo día de su muerte, y retirándose al palacio del duque de Medinaceli, mientras la princesa se alojó con los infantes en el convento contiguo. A fin de poder, según ella decía, llorar con el rey la pérdida de su esposa sin ser molestada, mandó practicar en ambos edificios una abertura y los unió por medio de un pasillo secreto, pero no tan secreto que no corriera luego la voz de que la princesa quería casarse con el rey viudo para ser reina de España de nombre como lo era de hecho. Supo el rey estas habillitas por su confesor y las comunicó á la princesa diciéndole: «Búsqueme V. una esposa; nuestras entrevistas confidenciales dan que hablar á la gente.»

Apenas se supo que la princesa buscaba una esposa para el rey, cuando acudió el abate Alberoni, que á la sazón había en Madrid las veces de representante del duque de Parma por ausencia del titular. Era este Alberoni un protegido

(1) Consultense: GARDEN, *Histoire générale des traités de paix*, tomo III, pág. 11 y siguientes.—AUBERTIN, *L'esprit public du XVIII siècle*, 2.^a edición. París 1873, pág. 68. Esta obra aprovecha la correspondencia inédita del abate Dubois.

(2) COSE, *Memoirs of the Kings of Spain of the house of Bourbon from the accession of Philip V to the death of Charles III, 1700-1788, drawn from original and unpublished documents*. Londres 1813. *Cosew-Saint-Hilaire, Histoire d'Espagne depuis les premiers temps jusqu'à la mort de Ferdinand VII*. París 1879.

de la fortuna enteramente como Dubois. Hijo de un hortelano de las inmediaciones de Piacenza, había aprendido el oficio de su padre; pero á la edad de catorce años (había nacido el 21 de mayo de 1664) encontró una colocación en la catedral de Piacenza como auxiliar del sacristán, y entonces ingresó en la escuela de los barnabitas, donde llamó la atención del vice-legado Barni de Rávena, que le tomó bajo su protección á causa de sus excelentes disposiciones para los estudios. Con esta protección pasó Alberoni, abate ya y muy joven todavía, á Roma, donde aprendió el idioma francés; de modo, que durante la guerra de sucesión pudo servir



El Cardenal Alberoni. Copia del grabado de G. P. Busch. *Leyenda*: El retrato verdadero y no falso del Cardenal Alberoni

al duque de Parma de intérprete en este idioma, y cuando llegó allí el duque de Vandoma prestó grandes servicios á uno y otro. Supo entonces ganarse la voluntad de ambos; pero muy especialmente del duque de Vandoma, con su ingenio, discreción, agudeza, flexibilidad y universalidad de conocimientos, hasta en el arte y práctica de cocina, tanto que acabó por ser indispensable al general francés. Fué con él en el año 1706 á París y en 1711 á España, donde recibió del duque de Parma, á la muerte de su protector, el título y categoría de conde juntamente con el nombramiento de su agente consular en Madrid. Allí conoció al momento que la unión íntima con la inquisición era el camino mas seguro de hacer fortuna y de conservarla, y que la protección de este instituto valía mas que la de todos los reyes y ministros que desaparecían de la escena por muerte ú otras causas, mientras la inquisición no moría ni cambiaba. Cuando dijo á la